

LIBROS

ALBERTO GUERREIRO RAMOS: *Relaciones Humanas del Trabajo* (introducción a la sociología industrial), UNAM, 133 pp. Instituto de Investigaciones Sociales (Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Cuadernos de Sociología) 1958.

“LA SOCIOLOGÍA INDUSTRIAL es una de las vetas más recientes y una de las más ricas de la sociología actual”, sociología industrial que, para Guerreiro Ramos, es una especie de andamio en la hechura de una conceptualización adecuada de sí misma.

El tomo que estamos tratando, es el estudio sistemático de las técnicas usadas para la regularización del trabajo por los ingenieros industriales. Para arribar al estudio propiamente dicho, nuestro autor realiza un análisis histórico-estimativo del trabajo desde su organización primitiva, en la que a través de Herskovits, Maunier, Fernández y Thurnwald, halla características diferenciales del concepto actual del trabajo. Desde luego estas diferencias (la “coalescencia funcional” primitiva, frente a la fragmentación actual y su poca importancia como factor integrador) llevan a Guerreiro Ramos a la conclusión de que en la actualidad, el trabajador tiene como *leit motiv* la tendencia de un empleo, a diferencia del primitivo, en quien de ningún modo la retribución del trabajo constituye lo esencial para la existencia.

En suma, el concepto del trabajo como técnica esencial de transformación y la

transformación misma, no son admitidos por el primitivo sino como una especie de selección natural, como partes de un todo místico que es el determinante del éxito o fracaso de la actividad realizada.

A continuación Guerreiro Ramos resume la sociología medieval y renacentista del trabajo, el origen del moderno racionalismo y el origen industrial de la sociología porque aparece como “ciencia de la reconstrucción social, en el momento en que la industrialización torna problemática la sociedad”.

Guerreiro Ramos cree que la sociología sólo se constituye como ciencia en el momento en que se torna en no axiomática, es decir, cuando deja de ser normativa.

Cuatro divisiones más concluyen la primera parte; una descripción de la sociología industrial en Europa, de la macrosociología de la industria y su microsociología, para terminar reforzando lo anterior con una investigación efectuada por Hawthorne en una compañía norteamericana.

La segunda parte es iniciada con una extensión a la macrosociología de la industria, la publicación de otra investigación en los restaurantes y la terminación de todo ello con el enunciado de conclusiones sobre las relaciones humanas.

Se incluye un *apéndice* por demás interesante, que habla sobre la organización científica del trabajo, realizada en princi-

pio por Taylor y Ford como los más importantes. En el mismo *apéndice* se incluyen los principios constitutivos de los sistemas de ambos.

Como se decía, el tomo trata de la sociología industrial como un sistema de relaciones que pueden ser intervenidas para organizar la cooperación.

En general, lo que se pretende es ubicar la sociología industrial como la técnica de manipulación de las relaciones humanas para aumentar la producción. Al taylorismo, fordismo, y demás sistemas nacidos de sus principios, corresponde la sistematización de las operaciones realizadas en el proceso productivo dentro de las organizaciones fabriles. A la sociología industrial queda la tarea de integrar los grupos de trabajadores y manejarlos en torno al fin de la producción.

La ingeniería industrial se distingue así de la sociología en la misma rama, por ser la una, la técnica que hace la mecanización, mientras la otra se constituye en su complemento, procurando que tal mecanización no sea involutiva.

La llegada al estudio de esta técnica, se realiza como se ha visto por medio de una historia "sociológica" del trabajo. Creemos que no es tal, puesto que esta historia no se encuentra enfocada con las implicaciones sociales consecuentes, sino que es, por el sistema seguido, una muy buena exposición sobre historia de las ideas o del pensamiento sobre el trabajo.

Las tres investigaciones que ilustran la obra son altamente interesantes, sobre todo por las implicaciones psicológicas y la manipulación que con ellas se realiza. Notamos la falta de una bibliografía que hubiese completado la obra, aunque a lo largo del tomo se encuentran constantemente referencias.

JESSIE BERNARD: *La sociología del conflicto* (investigaciones recientes), 149 pp. UNAM. Instituto de Investigaciones Sociales, Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Cuadernos de Sociología, 1958.

ESTE ESTUDIO ha sido realizado por recomendación de la Asociación Sociológica Internacional, como preparación a un estudio más amplio que efectuará esta asociación para publicarse por cuenta de la UNESCO.

Pretende verificar una investigación de los métodos usados en el "estudio de las tensiones internas de grupo" y su solución. Los métodos, según dice el propio Bernard, son tanto conceptualización como técnica.

El método seguido para su elaboración, limita al mínimo su funcionamiento. No se trata, advierte el propio autor de una sociología del conflicto, en cuyo caso debió haberse incluido una reseña histórica —siquiera compendiada— de las investigaciones que sobre el conflicto se hubieran realizado, sino una noticia, a la manera de Hughes, que dé una indicación de "cómo aprovechar las oportunidades que encaucen la acción".

Por otra parte, se realiza un muy superficial resumen de procesos, especialmente los que se refieren a cambio "en términos relativamente libres del tiempo y el espacio".

Se encuentra este tratado dividido en seis capítulos bastante sistemáticos. Los tres primeros están dedicados, en sucesivo orden, a la definición de sociología, conflicto, actualidad e investigación; el siguiente al método socio-psicológico y programas basados en él y por último a investigación de una orientación sistemática hacia el conflicto.

Los tres siguientes abordan la acción: estrategia basada en el estudio sociológico del conflicto y la teoría de los juegos, una

investigación sobre técnicas de contacto y las conclusiones.

Las definiciones realizadas por nuestro autor, se encuentran fincadas sobre el resumen de opiniones hechas por distintos autores en otros estudios, principiando por la conceptualización y delimitación del método socio-psicológico, en el que se presta una gran atención a los problemas de opinión pública, moral, altruismo, etc., concebidos psicológicamente. Este tipo de concepto sobre el conflicto se encuentra usado principalmente al modo de Sigmund Freud y, bajo el nombre de tensión, incluye resentimientos, frustraciones, e inhibiciones que, acumulados dentro del individuo o los individuos, dan origen a pleitos, luchas y motines, como medios de recuperar el equilibrio.

El modo de control en esta teoría, va desde una propaganda hasta un programa educativo, siendo esencialmente formas de alterar lo que la gente piensa o siente.

Además Bernard analiza la escuela semantista, que sostiene que los conflictos tienen, como motor primario, la existencia de un mal entendimiento verbal; "arquetipo de un conflicto surgido de la mala comprensión es el que se describe en el mito bíblico de la Torre de Babel".

Las características principales del método psicologista, incluyen la creencia de que los conflictos intergrupales se hallan determinados por la suma de las tensiones individuales. Bernard cree que la única forma en que puede llegarse a tal suposición, lleva implícito el factor sugestión; pero "a menos que sean creadas artificialmente, las tensiones simultáneas con objetivos comunes no existen en el cuerpo común de la existencia de grupo o de las relaciones internas de grupo".

Esta concepción psicologista de la tensión, lleva implícita la idea de una técnica para lograr su eliminación reduciendo las zonas de fricción. Así se usa de la

propaganda, principalmente, como medio de realizar el "cambio de actitudes". La desaparición de las tensiones puede lograrse también por medio de los estallidos violentos, tales como motines y linchamientos.

A continuación el autor hace una investigación orientada hacia la sistematización del conflicto. Tal investigación incluye teorías como la de Firey, modelo teórico acomodado para medir las condiciones en que se realiza la separación de grupos acomodados y las condiciones necesarias para su reintegración. Tal es el intento de Zipf, Herbert A. Simon y Nicolás Rasnevsky, este último, constructor en dos libros de una teoría para la fundamentación de una sociología matemática.

La conceptualización del conflicto, para Bernard, es realizada en función de términos de sistemas o de valores mutuamente incompatibles, de modo que el acomodamiento representa un sacrificio de cualquier tipo para ambos sistemas o valores.

Por ello el conflicto da por resultado un esfuerzo o costo. Estos costos tienen que ser soportados por un sistema o conjunto de subsistemas. Por ello se realiza la idea del encauzamiento de las fuerzas resultantes, encauzamiento que requiere de una estrategia, definida como el método para lograr una reducción del costo, en un procedimiento encaminado a la obtención de un objetivo en contra de la oposición.

Después de presentar muchas teorías, en términos de problemática común a varios autores, Bernard concluye que el mejor método hasta ahora logrado es el descubierto por John von Newman hacia 1928, basado en la teoría matemática de los conjuntos y llamado "teoría lúdica de la estrategia".

Esta teoría es en realidad un cálculo de probabilidades mediante la búsqueda del

mejor camino a emplear en la estrategia. Resumiendo su funcionamiento: si A emplea la línea estratégica 1 y B la 2, A gana X y pierde Y, mientras B gana X' y pierde Y'; tabulados en esa forma los problemas, se supone que el resultado será la indicación de cómo proceder para salir ganando más en la operación.

Como se dijo antes, el tomo no realiza la investigación sistemática encaminada a lograr el esclarecimiento del conflicto en términos sociológicos. Más bien es la presentación de innumerables teorías actuales, que se suman una a otra para obtener una base sobre la que construir una investigación futura.

En cuanto a Bernard como sociólogo no puede darse ningún juicio. De sí mismo son bien pocos los criterios arriesgados, aunque por el amplio proyecto de investigación realizado, es indudable su mérito como recopilador.

Completa su trabajo con una bibliografía que indica 263 obras.

Hay en el título de la obra *La sociología del conflicto*, un enunciado de estudio total que no llega a cumplirse. Con mucha razón al principio del trabajo Jessie Bernard admite el carácter noticioso y actual de su proyecto. *La sociología del conflicto*, tendrá que buscarla el lector en otra parte.

HUGO CASTRO A.

RALPH LINTON: *Estudio del Hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

EL LIBRO de Linton, que acaba de ser publicado en su cuarta edición, es importante para todos los que tienen interés en las ciencias sociales. El gran valor del libro, reside en su orientación teórica. No se trata de la descripción de la cultura de un pueblo, sino de una integración de

datos de muchas culturas para llegar a generalizaciones válidas sobre los procesos sociales.

Los primeros capítulos se ocupan de los orígenes de la humanidad, las diferencias raciales, el significado de éstas y de los llamados problemas raciales. Linton aquí relaciona los conceptos de "superioridad racial" con fenómenos netamente sociales. Habla también de la evolución de la mentalidad humana y luego pasa al asunto central del libro: la expresión de esta mentalidad, con todas sus bases biológicas, a través de los fenómenos de "cultura" y "sociedad".

Con respecto al problema de la definición de cultura y sociedad, Linton, como otros antropólogos, se encuentra frente a una situación compleja. Los dos conceptos se utilizan para enfocar dos aspectos de un solo fenómeno. Linton llama "herencia social" a la cultura y, ampliando el concepto, dice: "La cultura de cualquier sociedad es la suma total de las ideas, las reacciones emotivas condicionadas, y las pautas de conducta habitual que los miembros de esta sociedad han adquirido por instrucción o imitación y que comparten en mayor o menor grado." La sociedad, en cambio, es "todo grupo de gentes que han vivido y trabajado juntos durante el tiempo suficiente para organizarse y considerarse como una unidad social con límites bien definidos". La distinción, tiene suficiente claridad, pero llega a confundir cuando se consideran el proceso de herencia social y el proceso de la organización de las unidades sociales.

Linton nos presenta un concepto de proceso social en términos de status y función, (*role*). El funcionamiento de la sociedad, nos dice, "depende de la presencia de pautas para la conducta recíproca entre individuos o entre grupos de individuos". Las posiciones polares en estas pautas de conducta se conocen con el

nombre de status. Por lo tanto, el status, considerado como una abstracción es "un conjunto de derechos y deberes". La función es el aspecto dinámico del status, o sea, el patrón de comportamiento que corresponde a dicho status.

Un individuo ocupa simultáneamente muchos status, algunos de los cuales son adscritos por la cultura en tanto que otros son adquiridos por el individuo. El status adscrito lo ocupa el individuo automáticamente según criterios que varían de sociedad en sociedad. Toda sociedad adscribe cierto status al individuo según su sexo, su edad y sus relaciones de parentesco. El status adquirido lo ocupa un individuo cuando reúne ciertas cualidades especiales.

Vista así, la personalidad se considera en términos de la organización de funciones o de la integración de distintos status que el individuo tiene adscritos o que adquiere. La teoría presenta grandes posibilidades para los estudios comparados y para la construcción de tipologías, ya que distintas culturas contienen distintos números, tipos y configuraciones de status.

El material etnográfico que presenta Linton en los capítulos siguientes, y la discusión sobre la familia, el matrimonio, el grupo local y los sistemas sociales, hace ver la gran variedad de posibles patrones de conducta correspondientes a los status adscritos dentro de distintas culturas, y las diversas relaciones entre los dos tipos de status (adscrito y adquirido) dentro de un solo sistema social. Acerca de esta relación entre status adscrito y status adquirido, Linton sugiere que "las sociedades bien ajustadas se caracterizan, en general, por una marcada preponderancia de los status adscritos sobre los adquiridos, abiertos a competencia, y la creciente perfección de ajuste generalmente va acompañada de una creciente rigidez del sistema social".

Para apoyar su hipótesis hace una breve

comparación entre el norteamericano, miembro de una sociedad móvil, y el hindú ortodoxo, miembro de una sociedad de castas en la cual hay un mínimo de status adquiridos. Llega a la conclusión de que el hindú tiene un vida de mayor seguridad emocional.

Linton no aclara su criterio sobre el ajuste, pero inferimos que el "ajuste" debe dar a la sociedad una mayor posibilidad de sobrevivir. Si es cierto que las sociedades de castas son más ajustadas que las sociedades de mayor movilidad, entonces debemos preguntar por qué han desaparecido tantas sociedades de castas.

Parece que este mismo concepto hace que el autor vea a su propia sociedad al borde de la destrucción total. Dice: "Muy pocos dudarán de que nuestra propia cultura y nuestra sociedad pueden llegar con el tiempo a estabilizarse y reintegrarse, pero dos cosas deben ocurrir antes de que esto suceda. Tendremos que desarrollar algún tipo de unidad social que reemplace a los antiguos agrupamientos locales como portador y transmisor de la cultura, y asegurar una participación individual más intensa. También es preciso que haya una disminución en la corriente de nuevos elementos que nuestra cultura está recibiendo de los laboratorios científicos y de los técnicos. El derrumbamiento de nuestro sistema económico actual resolvería ambos problemas. Los descendientes de aquellos que sobrevivieran se verían obligados a retroceder, en su mayor parte, a la vida rural en pequeñas comunidades, en tanto que la investigación se detendrá por falta de recursos económicos y del personal preparado que necesita."

En nuestra opinión, el autor llega a estas conclusiones porque falta en su marco teórico un concepto que explique el cambio dentro de los sistemas sociales y la relación de éstos con nuevos elementos culturales. Hace falta una explicación de

la dinámica histórica de las sociedades que quizá daría algún orden a la confusión que Linton ve en su propia sociedad.

Linton pasa luego a considerar en detalle la integración de la cultura y los factores de descubrimiento, invención y difusión como motores del cambio. Ejemplifica el cambio y la integración cultural con una descripción excelente de los cambios producidos en la vida de una tribu del Oeste de Madagascar cuando se introduce el cultivo de arroz de regadío. Después de describir un cambio total de la vida social nos dice: "Las técnicas relacionadas con la satisfacción de estas necesidades biológicas elementales se convierten, pues, en la base sobre la que descansa toda la superestructura elaborada de la cultura. Cualquier cambio en esta base sacude todo el armazón y requiere un gran esfuerzo de reconstrucción."

Habiendo asentado esto como un hecho en términos de "elementos culturales", nos dice que "la relación de estos elementos con el resto de la configuración de la cultura rara vez alcanza a quienes comparten dicha cultura y en consecuencia muchas sociedades incurren continuamente en el error de aceptar elementos que les son en extremo perjudiciales".

Para Linton la cultura es una abstracción que hace el investigador y se pregunta si realmente existe. Llega a la conclusión de que "basta decir que las culturas pueden ser tratadas como si fueran realidades. Podemos estudiarlas y analizarlas, y hacer ciertas generalizaciones válidas con respecto a ellas. No necesitamos investigar más allá de este punto". Aquí tenemos un fenómeno curioso. Linton considera que hay la posibilidad de que la cultura realmente no exista. Luego atribuye a esta abstracción misteriosa todo lo dinámico de la vida humana. Acepta que la sociedad sea una realidad indiscutible, pero relaciona los cambios culturales con

la sociedad a base de una aceptación accidental, a veces perjudicial, a veces benéfica, de distintos elementos. Por lo tanto, el concepto de sociedad es estático y el proceso de cambio se sitúa fuera de ella en un nivel cultural que es dinámico pero sin bases firmes en la realidad. Al situar el motor del cambio fuera de la sociedad misma Linton deja sin explicar muchos de los procesos que él plantea en una multitud de ejemplos específicos.

Esperamos que futuras investigaciones nos darán un mayor entendimiento de estos procesos y que en esta forma podremos evitar la época de "estancamiento y tinieblas" que Linton predice. Con la valiosa ayuda que nos ha dado, creemos que todavía será posible lograr conocimientos que proporcionarán una vida mejor para los hombres.

SUSANA DRUCKER

CHARLES WINICK: *Dictionary of Anthropology. Philosophical Library, New York, 1956.*

LA CIENCIA del hombre, que por su propia índole exhibe un dinamismo que la hace tender —sin alcanzarlo jamás— hacia el límite de su cabal integración como materia de conocimiento, interpretación y correlaciones culturales, ha venido creando, usando, una serie de neologismos, siempre en aumento, neologismos que son tales no sólo como entidades morfológicas sino también como unidades semánticas: las necesidades expresivas del antropólogo han precisado, para ser satisfechas, de palabras nuevas y también han modificado —especializado— el sentido de vocablos ya existentes en el fondo léxico de diversos idiomas.

Esta situación no muestra un plano único. En realidad, son tantos los representantes de diversas comunidades de habla,

y éstas tan variadas, que el propio genio de cada uno de los idiomas utilizados orienta y restringe a los especialistas, en cada caso, tanto en la selección como en el rechazo de tal o cual término; de ahí que surjan, comúnmente, problemas de interpretación con respecto a dicciones concretas, aun al tratarse de aquellas que por tener una morfología semejante en dos, tres o más idiomas (a veces, miembros de grupos lingüísticos distintos) pudieran ser aceptadas con un criterio de unidad semántica.

Y si es plural, en el aspecto de comunidades de habla, el origen y desarrollo de vocablos antropológicos, también lo es en lo que toca a cada una de las especializaciones que en Antropología pueden señalarse; así resulta que un término dado puede tener sentidos diferentes según se le emplee en Etnología o en Lingüística, etc. A tales posibilidades de divergencia semántica y pluralidad conceptual habría que agregar el hecho de que cada investigador —principalmente en Lingüística y en Antropología Social—, tiende a convertirse en un creador o recreador de neologismos técnicos, cuyo contenido conceptual básico puede coincidir en parte o totalmente con el de términos usados por otros investigadores. Esta creación y recreación es muchas veces de primaria necesidad (debemos, por ejemplo, considerar la búsqueda en un lenguaje *x* de palabras para expresar, en forma adecuada, conceptos originados y formalizados en un idioma *z*), pero también se da el caso de que en no pocas ocasiones quede solamente, un lastre de vocabulario que, sin embargo, hay que conocer para llegar a una mejor comprensión del pensamiento de ciertos autores.

De ahí que al aparecer un *Dictionary of Anthropology*, esta obra sea bienvenida. Sin embargo, un diccionario de Antropo-

logía en un solo idioma nos parece incompleto; es tiempo ya de que los antropólogos de diversos países que se ocupan, en forma fundamental, de estas ciencias, se reúnan a tratar los problemas que plantea la unificación de un vocabulario básico de tales disciplinas, así como los que condicionaría la selección de términos que, en virtud de las características propias de cada idioma, no presentaran afinidades morfológicas, cuyos términos debieran tener significados exactos en cada lengua; valencias conceptuales interlingüísticas y el afinamiento y precisión del léxico de los antropólogos.

El libro de Winick consta de 579 páginas en las que, a doble columna, podrá el lector encontrar vocablos que se refieren a la Antropología Física, la Arqueología, la Lingüística, la Etnología, la Culturología, etc. El especialista puede usar provechosamente, dentro de ciertos límites, este diccionario; la propia especialización de cada uno de los campos de la Ciencia del Hombre, implica una diferenciación terminológica que hace de un léxico como éste un recurso necesario —recurso cultural— al cual acudir, constantemente, para comprender las expresiones usadas por técnicos que dominan materias antropológicas ajenas al ejercicio y al interés inmediato del especialista que consulta. Al lector general, al lego, el diccionario de Winick lo introduce en un abigarrado bosque lexicológico y conceptual, atravesando cuya espesura habrá de adquirir perspectivas insospechadas.

No se nos escapa que un Diccionario de Antropología (en virtud de todo lo que arriba se apunta) tendrá que ser obra de un equipo de especialistas en diversos sectores de las ciencias antropológicas; Winick ha dado un primer paso por sí solo, paso que no resulta dado en falso porque es un buen comienzo. Sin embargo, para

considerar sólo el campo de la Lingüística, dejó nuestro autor de señalar cientos de lenguas importantes (con sus implicaciones étnicas, etc.), aun cuando debió, a lo menos, mencionarlas en forma ligera. Si Winick trató de evitar (y no vemos por qué) el mosaico idiomático del mundo, la mínima providencia aceptable que debió haber tomado es la siguiente: presentar tablas sinópticas, con una breve discusión e indicación de las fuentes, de cada uno de los troncos y familias lingüísticos.

En los artículos que se refieren a las teorías glotológicas modernas y a ciertas técnicas de análisis se haría necesario, también, indicar autores y fuentes, y dar ejemplos. Suman varios cientos las palabras de uso común entre los lingüistas que se han acuñado en los últimos diez años. Anotaremos algunos de los autores más productivos cuyas obras, al ser cuidadosamente examinadas, enriquecerían el *Diccionario*: Swadesh, Nida, Pike, etc., etc.

Y lo que decimos acerca de la Lingüística podemos repetirlo al hablar de la Antropología Física, y en mayor o menor grado al explorar el vocabulario especial de cada una de las otras ramas de la Antropología.

Si el *Diccionario de Antropología* de Winick es para el lego, puede tomarse como un diccionario denso, un tanto disparate; faltaría agregarle algunas definiciones básicas y modificar otras, indicando, siempre, las fuentes. Si el *Diccionario* es para los especialistas puede considerarse, ya lo hemos dicho arriba, como un primer paso, muy loable, en la investigación que habrá de presentar, como resultado, el horizonte léxico del lenguaje antropológico, que tantos secretos y enigmas presenta aun para los propios antropólogos.

CARLO ANTONIO CASTRO

HENRI LEFEBVRE: *Problèmes actuels du marxisme*. Presses Universitaires de France, París, 1958.

LEFEBVRE analiza lo que él llama "crisis del marxismo" en los cinco capítulos que forman este libro. En el primer capítulo, "Quelques Problèmes," trata temas tan importantes como a) Crisis del marxismo y crisis de la filosofía. b) El dogmatismo. c) El marxismo y el Estado y d) Ideología y conocimiento. Afirma en este capítulo que la suya es una "crítica de izquierda" al marxismo oficial. Y es una crítica a éste porque a su parecer el materialismo dialéctico, al oficializarse, "ha aceptado, en nombre del marxismo como política, alienaciones que el marxismo debía rechazar y rechaza como filosofía".

¿Qué ha pasado con el marxismo de Lefebvre? ¿Por qué lo embarga la desilusión? Dice que "deviniendo doctrina oficial, usando y abusando del argumento de autoridad, el marxismo no ha dado lo que se esperaba de él". Pero ante esto, hay que preguntarse ¿qué esperaba Lefebvre del marxismo? Es un hecho que éste, al pasar de ideología del proletariado esclavizado, (en el régimen capitalista) a ideología del proletariado victorioso (en el régimen socialista) sufre cambios, algunos —los más— evidentemente favorables (mayores facilidades de estudio, experimentación, documentación) y otros desfavorables (marxismo vulgar, burocratizado); mas esta transformación, incluso en sus aspectos desfavorables, es previsible desde un punto de vista marxista. Desilusionarse porque la teoría sufra algunas transformaciones negativas al oficializarse, es algo *no marxista* porque el marxismo nunca se ha concebido, en algunos de sus aspectos, como algo acabado, dado en bloque, sin posibilidades de cambio. El marxista *sabe* que no es lo mismo el marxismo del proletariado enajenado que el

del Estado socialista; pero al saber esto, o al preverlo, no tiene por qué desilusionarse si las cosas ocurren como lo sabe o prevé. Y si se desilusiona, como Lefebvre, quiere decir que su marxismo falla en algo: en su concepción del desenvolvimiento del propio marxismo. Desilusionarse del marxismo es el resultado de la actitud, *no marxista*, de concebir de manera paradisiaca la teoría, concebirla al margen de la realidad social. Esto no significa que no sea necesario luchar contra los defectos, desviaciones, dogmatismos del marxismo oficializado. Todo lo contrario, quiere decir que hay que preverlos y pugnar, apenas aparezcan, por destruirlos; pero esto hay que hacerlo, no desde posiciones burguesas (como Lefebvre) sino verdaderamente marxistas. Al que pone el acento en los aspectos negativos que adquiera el marxismo en un Estado socialista, sin destacar los positivos, al que, en vez de hablar, luchar, combatir por la desaparición del dogmatismo marxista que pueda provenir de la oficialización de la teoría y otras desviaciones al que se muestra desilusionado, con un discreto lloriqueo blandengue y diciendo "que el marxismo no ha dado lo que se esperaba de él", hay que decirle que el marxismo nunca da lo que el revisionista espera de él, lo que Lefebvre soñaba de su marxismo paradisiaco.

Lefebvre piensa que (como Stalin afirma que no hay objetos aislados y que los objetos existen con independencia de los sujetos), el socialista ruso separa los fenómenos-objetos de los fenómenos-sujetos. Lefebvre, que asienta no querer desmentir el materialismo sino profundizarlo, en realidad lo desvirtúa y superficializa. Afir-mar la supremacía ontológica de los objetos sobre los sujetos, como lo hace Stalin, no implica que estos últimos no influyan en los objetos. En nombre de la acción recíproca no se puede olvidar la jerarquía

zación ontológica de los factores. Lefebvre dice más adelante que cuando Stalin afirma que la conciencia es secundaria (en relación con el objeto) "no analiza la conciencia humana en sí misma para saber si tiene una función concreta de previsión, de prospección, de anticipación, no estudia ni la imaginación, ni la imagen, ni el sueño. No se preocupa de la previsión científica". Y añade: "Esta teoría del retraso de la conciencia es la clave de la interpretación stalinista del marxismo, su error 'gnoseológico' fundamental. Reparemos un momento en esto. ¿El error "gnoseológico" fundamental de Stalin es la teoría de la primacía del objeto sobre el sujeto? Lefebvre, que pretende contraponer a Stalin y Marx y Engels, no ve que en este punto Stalin coincide plenamente con los socialistas alemanes. Stalin —de quien no ignoramos los defectos— no niega el papel creador de la conciencia (la previsión, anticipación, etc), lo único que hace es establecer la primacía, como materialista que es, de la materia sobre el espíritu; la primacía en última instancia, la primacía ontológica. Decir que Stalin negaba "la previsión científica" es una falsedad estúpida. Decir que no estudia "ni la imaginación, ni la imagen, ni el sueño" equivale a pedir algo ajeno a los propósitos del escrito de Stalin a que Lefebvre se refiere; (*Materialismo dialéctico y materialismo histórico*).

El segundo capítulo *Vuelta a la fuente: Marx* analiza brevemente *Las tesis sobre Feuerbach, el método, el papel de la abstracción, la organización interna del marxismo, la formación económico-social, la teoría del Estado, la ideología y el conocimiento*. En este capítulo se muestra ya el propósito fundamental del libro de Lefebvre: combatir lo que él llama despectivamente el "stalinismo". El autor cree hallar una de las raíces de la interpretación stalinista del proceso histórico en la exage-

ración del papel del *Estado*. En la interpretación stalinista del marxismo, escribe Lefebvre, "el concepto de formación económico-social (considerada como un todo), casi ha desaparecido, en provecho de los conceptos menos ricos y más precisos en apariencia de *base* y *supraestructura*". El autor acusa al stalinismo de sustituir la acción recíproca de esos elementos (o sea la formación económico-social) por una dicotomía mecánica. El stalinismo ha adjudicado, incluso, según Lefebvre, un rol desorbitado a la supraestructura: "En cuanto al papel de las supraestructuras (principalmente el Estado) ha sido ampliado y aparecido como decisivo".

Tras unas breves y superficiales líneas dedicadas a Engels, el autor, en el capítulo siguiente, muestra su personal interpretación de la filosofía leninista. Lefebvre cree que las posiciones filosóficas (materialismo o idealismo) son menos postulados (o sea "afirmaciones a la vez *necesarias* y sin *pruebas*") y que, por ser tal cosa, las filosofías implican tomar partido: "Tomar partido por el materialismo, es tomarlo por el reconocimiento sin reservas de la práctica social". . . "Tomar partido por el idealismo, es destinarse a velar o rechazar esas realidades materiales, es distraerse." Lefebvre pretende que éste es el sentido profundo del leninismo y que los marxistas "dogmáticos" han transformado el postulado leninista en verdad absoluta. Anotaremos, sin embargo, que esta diferencia entre verdad y postulado funda dos filosofías distintas: el racionalismo y el irracionalismo. Si la materia, la realidad objetiva precede *verdaderamente* a la conciencia de ella, el materialismo no es un mero postulado, sino una verdad, una filosofía racionalista. Si la materia precede *postulativamente* a la conciencia de ella, el materialismo no es una *verdad*, sino una mera elección, una filosofía irracionalista. El "irracionalismo" materialista de

Lefebvre, influido poderosamente por el existencialismo, pone en entredicho la gnoseología marxista-leninista (porque en esta tesis postulativa, no se aprende verdaderamente la realidad, sino que se la elige, y con ello, pone una base precaria, subjetiva (la elección postulativa) al materialismo. Lefebvre, pequeño-revisionista y decimos pequeño porque no tiene la altura de los grandes revisionistas) introduce el subjetivismo en la estructura de su filosofía irracional.

En el último capítulo de la obra, trata el autor el tema de *Stalin y la interpretación del marxismo*. Lefebvre afirma aquí que los gérmenes de la interpretación stalinista se hallan en la obra juvenil de Stalin *¿Anarquismo o socialismo?* En este libro cree encontrar Lefebvre dos importantes desviaciones del marxismo: una en relación con la filosofía y otra en conexión con el concepto de Estado.

Las desviaciones filosóficas que Lefebvre cree descubrir en Stalin se refieren, como ya dijimos, a la tesis del retraso genético de la conciencia respecto a la materia. Este pretendido "error gnoseológico" que, según Lefebvre, hace que Stalin considere la conciencia como un mero resultado mecánico carente de la facultad de prever y actuar sobre el mundo, lleva al filósofo francés a preguntar "¿Sabría Stalin que se aproximaba más al sistema hegeliano que al marxismo?" Y a explicar esto diciendo que "para Hegel, la conciencia y el conocimiento siguen a aquello de que son conciencia o conocimiento, así el pájaro de Minerva y de la sabiduría, lo bello, no sale sino al crepúsculo. Marx, en cambio, piensa que la conciencia y el conocimiento buscan soluciones *posibles* a los problemas reales basados en las contradicciones concretas." Esta crítica, pueril y malintencionada, no puede ser tomada en serio. El hecho de hacer hincapié en la pri-

macía del objeto, no implica negar la relativa espontaneidad de la conciencia (y, por tanto, su facultad práctica de prever y operar). Stalin —que en esto es un fiel marxista— no ve en la conciencia un mero resultado. Stalin no es, tampoco, un hegeliano porque, aunque afirma que la conciencia es genéticamente “posterior” a la realidad, no lo hace en el sentido idealista: para Stalin no sale el pájaro de Minerva al crepúsculo de una jornada idealista, sino que la conciencia simple y llanamente es un producto (creador) de la realidad material. La acusación de hegelianismo no la aplica Lefebvre tan sólo a la posición filosófica stalinista, sino que la prolonga asimismo a la concepción política y sociológica de Stalin. Es hegeliano tanto en su concepto del materialismo dialéctico como en el del materialismo histórico. Según Stalin, dice Lefebvre, “Para realizar la necesidad histórica, para resolver sus problemas, hace falta una intervención enteramente exterior a las masas humanas, a su iniciativa espontánea: la del Estado.” Más adelante: “El Estado le parece el principio de organización que mantiene la producción capitalista.” Para Stalin “no es la estructura social la que mantiene al Estado, es al contrario el Estado el que mantiene la estructura económica y social.” Y finalmente: “La esfera del Estado, y Stalin como jefe del Estado, se erige en el criterio de lo real y de la verdad, de una manera análoga a la idea hegeliana.” Vamos a analizar sucintamente estas ideas. Frente al problema del Estado hay tres posiciones ideológicas fundamentales: una, anarquista (contra la que lucha Stalin en su obra juvenil) que ve en el Estado el factor fundamental, aunque *negativo*, de las relaciones sociales; otra, hegeliana, que considera el Estado como el factor *positivo* fundamental de esas relaciones, y

una tercera, marxista, que considera el Estado como la expresión de las clases sociales en el poder, y lo supedita, en fin de cuentas, a lo económico y social. Lefebvre cree que Stalin pertenece a la segunda posición, a la hegeliana; pero esto es totalmente falso. Stalin es un marxista: nunca negó el carácter supraestructural del Estado, siempre lo caracterizó como algo derivado. Mas ¿cómo explicarse, entonces, el culto a la personalidad? ¿Cuáles son sus raíces ideológicas? La historia del marxismo revela, en su posición frente al problema del Estado, tres orientaciones: 1. orientación mecanicista; 2. orientación estatista y 3. orientación dialéctica (verdaderamente marxista). La orientación mecanicista tiende casi a considerar que el Estado es un efecto inerte de lo económico y social. La segunda, también concebida de manera causal, se aproxima a la idea de que el Estado es una causa (negativa en el caso anarquizante —desviación hacia la izquierda— y positiva en el caso estatista-hegeliano —desviación hacia la derecha—) de lo económico-social y la tercera, dialéctica, habla de una acción recíproca entre lo económico-social y el Estado, en la que domina, a la postre, lo económico-social. Este planteamiento dialéctico no es, sin embargo, un esquema abstracto inamovible. Sólo rige para épocas grandes de la historia. En la acción recíproca entre el poder estatal y lo económico-social no siempre existe la misma relación, un predominio igual: a veces, el poder repercute de manera más intensa sobre la base; otras la base establece de manera casi lineal el aparato estatal. Lefebvre, al hablar sin cualificaciones de formaciones económico-sociales, sólo alude, al parecer, a la acción recíproca y olvida, por eso mismo, el juego dialéctico y jerarquizante de la base y la supraestructura. Lefebvre cae en el

revisionismo ante el problema del Estado. En Stalin podemos distinguir *grosso modo* dos épocas en su posición frente al problema del Estado: en una, consciente del momento histórico y siguiendo a Lenin, consideró correctamente el problema del Estado. Stalin vio, en la primera etapa del Estado Soviético, el papel verdaderamente importante de la maquinaria estatal. Como "el camino de la libertad pasa por la dictadura del proletariado" (Garaudy) y como la dictadura es necesaria no sólo para planificar la vida económica sino para combatir a las clases enemigas interiores, contrarrevolucionarias, y al cerco capitalista, Stalin sacó la consecuencia, siguiendo a Lenin, de que tras la revolución proletaria, el Estado juega un papel especialmente importante en la acción recíproca entre el poder estatal y lo económico-social. Mas después, en una segunda época, exageró de tal modo el papel del Estado que cayó en un marxismo con errores estatistas (desviación hacia la derecha). Lefebvre olvida la primera época —tan importante para la consolidación del socialismo— y no caracteriza adecuadamente la segunda. Stalin, en ésta, no era un estatista al estilo hegeliano, sino un marxista con desviaciones estatista hacia la derecha. El culto a la personalidad tiene sus raíces en esta desviación.

Sin tomar en cuenta una serie de críticas superficiales y denuestos irracionales (Stalin, dice Lefebvre, era un "dogmático despiadado y brutal"), el autor combate a Stalin, podemos resumir, afirmando que en su posición frente al materialismo dialéctico cae en el mecanicismo y niega la iniciativa y la previsión científica y que en su posición frente al materialismo histórico cae en la exaltación hegeliana del Estado. Como hemos visto, la primera crítica es falsa y

la segunda sólo es aceptable, de manera parcial, en la segunda etapa de Stalin (en el período del culto a la personalidad). Lefebvre, como buen pequeño-revisionista, ataca de Stalin lo que tiene de marxista, sin tocar, en sus debidos términos, lo verdaderamente criticable.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

SANTIAGO RAMÍREZ: *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, Asociación psicoanalítica mexicana, A. C., Editorial Pax-México, 1959.

DESDE QUE VIO la luz pública, hace ya una generación, la obra de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, se han sucedido muchos y variados estudios sobre la idiosincrasia del mexicano y lo mexicano, enfocados desde el punto de vista filosófico, literario, histórico y psicoanalítico. Citaremos sólo, por vía de ejemplo, los estudios realizados por Paz, Cernuda, Carrión, Zavala y Millán. Sin embargo, pocas han sido las aportaciones verdaderamente científicas que contengan un valor más que transitorio. Santiago Ramírez, conocido psicoanalista mexicano, nos ofrece ahora un pequeño trabajo escrito en estilo ameno de fácil lectura, en el que vuelve a ciertos argumentos viejos y hace algunas novedosas interpretaciones.

En el primer capítulo el autor hace un breve y lúcido resumen de los postulados y la metodología básicos del psicoanálisis, estableciendo el cuadro dentro del cual desarrollará sus tesis sobre el mexicano. En el capítulo siguiente entra ya en materia y comienza con el origen histórico del "mexicano," es decir, con la Conquista. No sólo se trata aquí de la tragedia de una cultura que es

decapitada y destruida por otra dominante, sino de la mezcla de dos sistemas de valores distintos. A raíz de la Conquista, existían tres tipos de hombres en México: el indígena (que ya no es el indio de antes), el mestizo y el criollo. El indígena, según Ramírez, “bien pronto se dio cuenta de que el conquistador no era el hermano que había de librarlo del padre cruel y agresivo que le sometía y tiranizaba sino que simplemente, había substituido un padre por otro.” El mestizo es el producto de padre español, dominante, conquistador, y de madre indígena, dominada, conquistada y manifiestamente inferior —como indígena y como mujer. El mestizo equipará la fuerza, la autoridad, la masculinidad, con lo español, lo extranjero, y la debilidad, el sometimiento, la femineidad con lo indígena. Como no encuentra acomodo en ninguno de los dos mundos que lo han producido, “en su interior se rebela contra su origen indio que le ha privado de pertenecer al lugar y sitio de sus anhelos, y está cargado de hostilidad manifiesta hacia el padre violento y extranjero”. Esto se traduce más tarde en la opresión y dominación de la mujer (aun cuando ella misma también sea mestiza) y en fenómenos tales como el machismo que “no es en el fondo sino la inseguridad de la propia masculinidad; el barroquismo de la virilidad.” Finalmente, el criollo, hijo de padre español y de madre también española, “importada,” la cual, sin embargo, es “altamente valorizada, pero distante, barroca y refinada, ocupada en festividades religiosas y civiles”, se encuentra en una situación de conflicto entre identificaciones múltiples y complejas, en que se identifica con sus padres (y su cultura), y a la vez los rechaza. Cualquiera que sea el origen del mexicano (indígena,

mestizo o español), para Ramírez “una fuerte hostilidad hacia el padre en la que anhelosamente se colocan todas las pulsiones que puedan hacer posible la identificación con el agresor, *motivan* históricamente al mexicano”.

En el capítulo tercero el autor hace “una breve excursión a través de las formas de vida del mexicano actual”. Señala, ante todo, la ambivalencia del hijo hacia la madre, resultado del abrupto cambio de “un mundo cálido en el cual sus demandas se satisfacen plenamente en el momento mismo en que lo solicita”, junto a la madre, “al hostil externo, de un ambiente en que es preciso luchar duramente, para subsistir”, en el momento en que su lugar es usurpado por el nuevo hermano. Una vez abandonado por la madre, el hijo busca al padre, pero la figura de éste “brilla por su ausencia y es eventual y transitorio”. El niño aprende pronto a “burlar a ese padre violento, agresivo, esporádico y arbitrario”. “Es así —dice Ramírez— como se inicia y toma principio la psicopatía del mexicano.” Después de analizar brevemente algunas características de la vida mexicana, tal como el concepto “madre” y su variado y amplio uso en el lenguaje, y el papel de la abuela y de la suegra en la familia, el autor señala las tres tendencias dinámicas básicas en la familia mexicana: 1) intensa relación madre-hijo durante el primer año de vida; básica, integrativa, sustancial y probablemente explicativa de la mayor parte de los valores positivos en la cultura; 2) escasa relación padre-hijo; 3) ruptura traumática de la relación madre-hijo ante el nacimiento del hermano menor. La autoridad paterna, señala Ramírez, es identificada por el mexicano con lo extranjero, y eso explica las relaciones con los norteamericanos y las diversas ten-

dencias extranjerizantes y "pochistas" de que padecemos.

Ramírez aporta algunos datos, tomados de sus propios estudios, sobre la desorganización de la familia mexicana, el abandono habitual de la esposa por parte del padre; fenómeno de serias implicaciones socio-económicas, al cual Ramírez le da una explicación netamente freudiana, siguiendo la línea esbozada anteriormente. Analizada, finalmente, la relación entre hombre y mujer a través de diversas canciones y corridos populares, siempre reduciéndolo todo a los mismos factores. Así, por ejemplo, la Revolución de 1910 no es más que una rebelión contra el padre, y la tradicional celebración del juego de la piñata durante las posadas antes de la Navidad, significa que "el mexicano rompe en la olla (*de la piñata*) el vientre de su madre y se apropia de su contenido (*el envidiado y odiado hermano menor. E. G.*)". ¿Por qué buscar una explicación sencilla cuando se puede hacer tan dramática y rebuscada, verdad? En resumen, el mexicano es un manojo de conflictos que se reducen a la rebelión y al odio contra el padre y la ambivalencia hacia la madre. Factores éstos que ya S. Freud había señalado con respecto a la respetable clase media judía de Viena a principios de este siglo, y que ciertos psicoanalistas parecen encontrar en cuanta raza, pueblo o nación exista en este mundo. ¿Y la idiosincrasia del mexicano? ¿Lo que verdaderamente es propio y nacional, y distingue lo mexicano de otras nacionalidades? El psicoanálisis todavía no ha demostrado su capacidad para dar respuesta a estos problemas.

EMILIO GÓMEZ JR.

FÉLIX KEESING: *Cultural Anthropology, the Science of Custom*, Richart & Co., Inc., Nueva York, 1958, 477 pp.

MISCHA TITIEV: *Introduction to Cultural Anthropology*, Henry Holt & Co., Inc., Nueva York, 1959, 464 pp.

EN ESTADOS UNIDOS, la antropología cultural (o antropología social o etnología, como también se le conoce en diversos países) se enseña en forma creciente en las universidades y *colleges*. Además, las investigaciones etnológicas se realizan en gran escala y en todo el mundo, subsidiadas por las propias universidades y las diversas instituciones que proporcionan fondos para este tipo de actividades. De allí que muchos textos introductorios y generales de amplio uso pasen de moda pocos años después de su publicación obojetivos comunes no existen en el cuerpo (a semejanza de lo que sucede con los automóviles último modelo de Detroit), y que los nuevos textos y manuales para usos académicos contengan, a grandes rasgos, el mismo material de los anteriores (como no puede ser de otra manera en una ciencia que se diga tal), presentado quizás, en forma algo distinta, o adornado con ejemplos nuevos y enriquecido con la bibliografía más reciente.

Las obras de Keesing y de Titiev cumplen, cada una a su manera, con su cometido: el de presentar, en forma sintética, los conceptos generales y los conocimientos básicos de la antropología cultural, para el uso de estudiantes universitarios. La diferencia entre ambos autores estriba en la manera de presentar el material, y en el énfasis distinto de los diversos enfoques que se pueden hacer del mismo.

Veamos primero la obra de Keesing. El autor divide su material en diecisiete capítulos y ochenta y cuatro problemas. Los temas, pues, se presentan en forma de

problemas, a cada uno de los cuales Keesing da respuesta en unas cuantas páginas, desarrolladas en forma sumamente didáctica y de fácil y precisa lectura. Introduce en su texto diversos ejercicios para el estudiante, en la forma de preguntas y planteamientos nuevos que surgen de la lectura. Emplea, además, múltiples ejemplos de los conceptos enunciados, y reproduce, asimismo, discusiones teóricas (en forma de preguntas y respuestas, tomadas, indudablemente, de su amplia experiencia docente), para ilustrar la manera de puntualizar y concretizar las ideas que expone. Cada capítulo cuenta, además, con una bibliografía seleccionada y comentada.

El enfoque de Keesing podría llamarse *culturológico*, es decir, toma a la cultura como una entidad real y dinámica y reduce a un mínimo indispensable la explicación de los fenómenos antropológicos en términos de otras ciencias y disciplinas. Su enfoque, sin embargo, no es partidista, puesto que presenta objetivamente las diversas escuelas y tendencias de la antropología cultural. En los primeros capítulos define la antropología cultural y analiza algunos conceptos básicos que se emplean en dicha ciencia. Pasa luego, en otro capítulo, al problema de la cultura y la herencia biológica, después hace una breve historia del desarrollo de la cultura desde la prehistoria hasta la época actual, y en seguida trata el tema de la cultura con relación a los aspectos geográficos. En el capítulo sexto emprende un resumen de las diversas teorías acerca de la cultura, la sociedad y la personalidad, que es de gran utilidad, y lo cual, por desgracia, no se encuentra siempre en los textos introductorios de la ciencia del hombre. Los capítulos siguientes plantean los aspectos y los universales de la cultura, tratando, sucesivamente, la cultura material, la organización econó-

mica, social y política, el control social, el conocimiento y las creencias, el arte y el juego, y el lenguaje. Finalmente tiene un capítulo sobre la estabilidad y el cambio, y otro sobre la antropología aplicada y el posible desarrollo futuro de esta ciencia.

El libro de Titiev tiene propósitos semejantes al de Keesing: presentar al lector no especializado, al estudiante universitario, un texto introductorio sin muchos tecnicismos ni demasiada especialización. Su enfoque, empero, es bastante distinto. Titiev pone especial énfasis en las bases biológicas de la cultura y los aspectos de ésta son tratados en función de las relaciones interpersonales y del desarrollo del individuo en la sociedad. Más de la tercera parte de la obra trata de antropología física y de prehistoria. Un capítulo transitorio especial versa sobre la dinámica biocultural, en que el autor enuncia algunas leyes del crecimiento cultural (tales como la ley del uso creciente de los recursos naturales, y las leyes de la conservación del tiempo y de la energía muscular humana), y termina señalando el peligro de la no conformidad biocultural. El siguiente capítulo, el autor lo dedica al estudio de la sociedad primitiva, campo tradicional del antropólogo, en que habla de los métodos de investigación y del trabajo de campo. Siguen después los temas sobre la relación del hombre con su ambiente físico, la cultura y el ambiente, las relaciones interpersonales, la organización social, el proceso de socialización, el hombre y lo sobrenatural, la religión y la magia, el lenguaje, el arte y el juego. Termina el texto con un capítulo dedicado al análisis de tres patrones culturales distintos tomados de la literatura antropológica, y otro en que se incluye un resumen y las conclusiones finales.

La exposición en Titiev carece de las ayudas didácticas que se encuentran am-

pliamente en la obra de Keesing, y la lectura misma es más pesada y más seca. El autor parece no querer descender de su podio universitario en tanto que Keesing se esfuerza por hacer su exposición clara y sencilla. Pero lo que le falta a Titiev en materia de exposición y facilidad didáctica (y no todos los antropólogos son también amenos escritores), le sobra en rigor y sistematización científica y en cúmulo de datos y hechos en que se basa la obra.

RODOLFO STAVENHAGEN

JOSEPH B. GITTLER (Ed.): *Review of Sociology, Analysis of a Decade*, John Wiley & Sons, Inc., Nueva York, 1957.

ROBERT K. MERTON, L. BROOM y L. S. COTTRELL, JR. (Eds.): *Sociology Today, Problems and Prospects*, Basic Books, Inc. Nueva York, 1959.

EN IDIOMA castellano las antologías constituyen un lamentable vacío en la literatura sociológica; pero en inglés la publicación de antologías sociológicas ha sido excesiva, a tal grado que un estudiante rara vez vuelve a los clásicos y a los originales. Esto en cuanto a los "readers", o libros de lectura. Pero existen también las antologías de otro tipo; aquellas en que se resume la bibliografía sobre temas especializados, el estado de las investigaciones actuales, las últimas aportaciones a la teoría, etc. Éstos constituyen indispensables manuales de referencia*. La sociología se ha desarrollado, a últimas fechas, en ramas tan variadas y tan especializadas particularmente en Estados Unidos, y la bibliografía se ha hecho tan extensa y se encuentra tan dispersa, que para el estu-

dioso es imposible estar al corriente de todo lo que sucede en esta ciencia. Por estas razones, la aparición de volúmenes de resumen y síntesis constituye un importante acontecimiento. En esta categoría debemos incluir a los libros editados por Gittler y por Merton y asociados.

El volumen de Gittler, como su título lo indica, pretende resumir el desarrollo de la sociología durante la primera década de la postguerra, de 1945 a 1955. Consiste de catorce capítulos y cinco apéndices bibliográficos. Los capítulos tratan, respectivamente, de la teoría sociológica (por J. B. Gittler y E. Manheim), los métodos cuantitativos (por S. A. Stouffer), la investigación demográfica (por C. V. Kiser), la personalidad y la estructura social (por B. Kalan), la conducta colectiva (por H. Blumer), la comunidad urbana (por N. P. Gist), la comunidad rural (por H. W. Beers), el estudio de la estratificación social (por W. L. Warner), las instituciones sociales y las asociaciones voluntarias (por F. S. Chapin), la sociología industrial (por W. F. Whyte y F. B. Miller), el matrimonio y la familia (por R. F. Winch), la estructura y la dinámica de grupos pequeños: una reseña de cuatro variables (por R. F. Bales, A. P. Hare y E. F. Borgatta), las relaciones raciales y culturales (por R. M. Williams, Jr.), y la sociología de la delincuencia y el crimen (por M. B. Clinard). Cada uno de estos capítulos hace un resumen de las investigaciones recientes y el desarrollo de la especialidad de que trata, señalando las nuevas tendencias y las instituciones y autores que a ella se dedican. Al final de cada capítulo se encuentra una amplia bibliografía especializada sobre el tema. Los cinco apéndices bibliográficos, cada uno de ellos debidamente comentado, y que también se refieren exclusivamente al período 1945-1955, tratan de la sociología de la educación, la sociología política,

* Véase en castellano la importante obra editada por G. Gurvitch y W. Moore: *La sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.